

IN MEMORIAM

José Mora y Ortiz de Taranco

Arquitecto y Académico de Número



El arquitecto y Académico de Número
D. José Mora y Ortiz de Taranco (Foto: Paco Alcántara)

José Mora y Ortiz de Taranco (Valencia, 1911-2005), siguiendo los pasos de su padre (autor, entre otras, de las Casas Sagnier I y II, de Valencia, de estilo modernista), se inicia en el arte de la escuadra y el cartabón, concluyendo sus estudios en la Escuela Superior de Arquitectura de Barcelona en 1940 y doctorándose años después.

Su dilatada vida profesional giraría en torno de la docencia y de la profesión de arquitecto, ejerciendo la primera desde la Cátedra de Topografía y Construcción en la Escuela de Ingeniería Técnica de Valencia, de 1945 a 1950, obteniendo posteriormente la Cátedra de dicha especialidad; y cargo que desempeñaría hasta la década de los años ochenta.

Trazando una apretada síntesis acerca de su perfil biográfico, cabe destacar en su trayectoria profesional y entre sus primeras intervenciones, la colaboración con su progenitor (Francisco Mora Berenguer) en las obras de reconstrucción del patio

acristalado del Ayuntamiento de Valencia, en el lado recaente a la calle de la Sangre (y lugar que ocupaba la iglesia del mismo nombre), y en los trabajos de remodelación de la fachada principal de la Casa Consistorial, insertando una gran balconada volada sobre el piso principal, ayudando al arquitecto municipal Román Jiménez Iranzo.

Gran admirador de Filippo Brunelleschi, de Antonio Gaudí (mucho le había impresionado la Sagrada Familia durante sus largas estancias en Barcelona) y de Félix Candela, nuestro biografiado fue discípulo de Luis Doménech y Montaner, y de Bassegoda Nonell, girando su producción arquitectónica, desarrollada principalmente entre 1941 y 1960, en torno del eclecticismo, de lo que son buena muestra la serie de proyectos y edificios de viviendas construidos en la zona del Ensanche de Valencia, entre los que se subraya los destinados para los siguientes propietarios: Casa para Vicente Latorre (1941), situada en la confluencia de la Gran Vía de Fernando el Católico y de la calle de Sanchis Sivera; edificio para la familia Hernández Montesinos (1942), ubicado en la calle de Moratín, núm. 21, esquina a la de Barcelonina; edificio de viviendas para Francisco y Ernesto Catalá, popularmente conocido por "Jabones Catalá", de reminiscencias platerescas y de expresión formalista, sito en la confluencia de la Gran Vía Ramón y Cajal, y de la calle de San Vicente, núm. 179, proyectado en 1944 y modificado en 1950, y por el que obtuvo el Premio "Marques de Sotelo" en 1957; casa para Consuelo Hernández (1944), ubicada en la calle de Moratín, con vuelta a la calle de Barcelona y a la plaza de San Jorge; edificio para los hermanos Vicente y José Suay (id.), emplazado en la calle de Cuenca, núm. 53; siendo autor, de igual modo, del edificio rotulado con el núm. 31, de la Gran Vía Fernando el Católico; de la casa para Francisco Mora Berenguer (1946), situada en la Gran Vía de Fernando el Católico, esquina a la calle de Erudito Orellana; del edificio para Vicente Latorre (id.), enclavado en la Gran Vía de Fernando el Católico, con vuelta a la

calle de Ángel Guimerá; de la casa para Josefa Mateu Plá (1947), localizada en la calle del Pintor Benedito, esquina a la calle de Albacete; del edificio para Juan José Burgos-Boch (1949), del edificio rotulado con el núm. 57, de la calle Guillén de Castro (1948), en el que utiliza frontones neobarrocos y remate con mansardas; de la calle Micer Mascó, núm. 45; y de la casa para Matías Suay Chover (1954), de la calle Cuarte Extramuros, núm. 10.

También a su mano se debe la traza, delineación y dirección de las obras de diversas naves industriales y cobertizos, que albergarán bodegas (la Cooperativa Vinícola de Utiel), talleres, almacenes-factorías (Cointra, en Puzol; y la Fábrica de Ernesto Catalá, en Valencia) y garajes (el de Enrique Fliquete, en la confluencia de las calles Alberique y Héroe Romeu, de 1950), y otras obras menores, entre las que cuenta reformas de fachadas, bajos comerciales y elevación de plantas y desvanes en edificios de carácter privado, siendo autor, además, de la remodelación del Convento de la comunidad de Monjas Reparadoras, de la calle del Gobernador Viejo, de Valencia y de la restauración de la Casa Suay (que fue sede de la Aseguradora "La Equitativa" y obra de Francisco Mora), de la Plaza del Ayuntamiento, núm. 23, esquina a la calle Correos.

Ha sido mentor, de igual modo, de diversas casas de recreo y residencias unifamiliares distribuidas a lo largo del litoral mediterráneo, y de los complejos residenciales "Siesta" y "Ágata", situados en las playas de Benicàssim (Castellón), por los que obtuvo una mención especial; y de la Capilla de San Francisco de Asís, de la iglesia parroquial de Jijona (Alicante), poblaciones ambas a las que José Mora se sintió vinculado, al pasar en las mismas largos períodos estivales. También, llevó a cabo diferentes planes de ordenación urbana para distintos municipios valencianos.

En reconocimiento a su brillante trayectoria profesional, la Real Academia de Bellas Artes de San

Carlos de Valencia le nombraría Académico de Número por la Sección de Arquitectura, en la vacante producida por el fallecimiento del arquitecto Luis Albert Ballesteros, tomando posesión del cargo en sesión pública celebrada el día 19 de Junio de 1969, y glosando su discurso de ingreso sobre el tema "*Cómo comprender la arquitectura moderna*" (publicado en la revista "Archivo de Arte Valenciano" de dicho año) y contestándole en nombre de la Corporación el arquitecto Luis Gay Ramos.

En su vida activa como Académico se subraya su colaboración en diversos dictámenes de la Sección de Arquitectura, siendo decano de dicha Sección y destacando su intervención en el año 1975, pronunciando el discurso titulado "*En el centenario del arquitecto Francisco Mora Berenguer*", en homenaje a la destacada figura de su padre, Presidente que fue de dicha Real Institución; mientras que en 1997 leería el discurso de contestación al Académico de Número, arquitecto y amigo personal Román Jiménez Iranzo, y actuando en más de una ocasión como Presidente en funciones de la Real Academia, ejerciendo como tal en sendas sesiones memorables académicas celebradas en las ciudades de Alicante y Castellón durante el curso académico de 1997-1998, en época en que regía los destinos de la Academia su primo, el historiador de arte y Presidente honorario Felipe María Garín y Ortiz de Taranco.

Artífice que gozó de contemplar el París haussmanniano y que gustó hermanar lo funcional y lo estético, José Mora siempre pondría como ejemplo el Mercado de Colón de Valencia, un edificio interdisciplinar en el que se integran todas las profesiones y una gran obra de sesgo familiar, que tanto admiró.

LAURA ALBALAT PAREDES
Universitat de València

Fernando Chueca Goitia

Ilustre Arquitecto, Ensayista y Académico de Honor



El arquitecto, profesor y Académico de Honor D. Fernando Chueca Goitia en una de sus lecciones magistrales en el seno de la Real Academia en 1981 (Foto: Paco Alcántara)

El pasado día 30 de octubre fallecía, tras una vida plena y fecunda, en el castizo Madrid que tanto vivió (desde su estudio de la plaza de las Salesas y barrio de los Jerónimos) y quiso, el ilustre arquitecto y ensayista **D. Fernando Chueca Goitia** (Madrid, 1911-2004), decano de una amplia saga de historiadores del arte, formada por las egregias figuras de la talla de Elías Tormo y Monzó, Andrés Calzada y Echeverría, Leopoldo Torres Balbás, Manuel Gómez Moreno, Diego Angulo Iniguez, Enrique Lafuente Ferrari o Juan Antonio Gaya Nuño.

Esbozar en apretada síntesis la densa por extensión biografía del gran maestro de la escuadra y el cartabón, de altísima talla humana e intelectual, es arduo difícil para este memorialista, que tuvo la suerte de conocer a Don Fernando compartiendo horas y momentos (no sin antes haber sentido sus *"Invariantes castizos de la arquitectura española"*) en las inolvidables sesiones de Ávila –las memorables *"Lecciones de Arquitectura Española"*– que, desde un ya lejano 1987, hemos venido asistiendo hasta la actualidad en sus cuarenta sesiones alcanzadas, sus incondicionales y devotos, para conocer, en su bien decir y hacer, *"La historia de un pueblo sucediéndose en el*

tiempo", que artísticamente hablando es la historia de un pueblo sucediéndose a los estilos; y clases magistrales y mesas redondas en las que siempre estuvo presente el elenco de profesores –y queridos amigos– que le arropó –“El grupo de Ávila”–, constituido por los Dres. Pedro Navascués Palacio, José Miguel Merino de Cáceres, Juan Antonio Ruiz Hernando, María Isabel López Fernández y José Luis Gutiérrez Robledo.

Don Fernando, personalidad de afable trato, humanidad exquisita y gran conversador, nacía al alba del siglo XX (29 de mayo de 1911) en la Villa y Corte de Madrid, titulándose por la Escuela Superior de Arquitectura en 1936, siendo discípulo de Leopoldo Torres Balbás y Manuel Gómez Moreno (dos puntales en su vida, de los que luego sería ayudante de docencia) y participando activamente en la salvaguarda del patrimonio artístico durante los años de una guerra incivil y siendo luego, durante la autarquía franquista, represaliado durante diez años, lo que favorecería su vocación de historiador y de escritor.

Madrileño por nacimiento y por merecimientos (fue Cronista de la Villa desde 1977), y francófono por su formación, el arquitecto siempre mostró un estricto respeto por la arquitectura histórica, describiendo en infinidad de páginas la historia de los monumentos que conforman el mosaico español y dibujando, con genialidad y a modo de apuntes, los perfiles y alzados de aquellos edificios que el más consideró, algunos de los cuales publicaría en un pequeño cuaderno de campo titulado *"El plateresco, imagen de una España en tensión"* (Ávila, 1998). Recuerdo con honda emoción la viva estampa de D. Fernando, con su perilla de tercio de Breda y con su risueña sonrisa, recorriendo al alba, en las "sesiones abulenses" a las que asistíamos (en el despertar de la primavera y cuando declinaba el otoño descubriendo en los atardeceres la belleza de Castilla), los viejos escenarios de la ciudad: "El Mercado Grande", "El Mercado Chico", la Catedral, la Casa Mosén Rubí, el Palacio de los Velada, el Convento de Santa Ana,...; o acompañándonos en las frecuentadas visitas que la Fundación Cultural Santa Teresa y el Instituto de Arquitectura "Juan de Herrera" organizaban a los

conjuntos históricos y monumentales de las dos Castillas (Piedrahita, Arévalo, Arenas de San Pedro, Madrigal de las Altas Torres, Toledo, Zamora, Toro...) admirando monasterios, templos y palacios, y explicándonos con su sonoro y diluido verbo, las excelencias de la arquitectura mudéjar (fue un enamorado de La Lugareja, en Arévalo, "un meteorito babilónico caído en La Moraña", como gustó definir) y del plateresco; artes que consideraba genuinamente españolas.

Como apunta Gutiérrez Robledo, Don Fernando "durante años fue un referente imprescindible en la teoría y la práctica de la restauración monumental española", dando fe de ello la ingente nómina de conventos, palacios, iglesias y monasterios, a los que salvó de la ruina y de la desaparición, interviniendo, entre otros, en la Catedral, Iglesia de la Merced y Ayuntamiento de Tarazona (ciudad a la que le unían vínculos paternos); Castillo, Lonja y Ayuntamiento de Alcañiz; Monasterios de San Millán de la Cogolla, Suso e Yuso; Palacio Goyeneche de Madrid (sede de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de la que fue Miembro Numerario desde 1973); Palacio Galiana y Convento de San Gil de Toledo, para sede de las Cortes de Castilla-La Mancha; Antiguo Hospital de Venerables de Sevilla; Casa de las Conchas de Borja, de Zaragoza; Palacio de Carlos V de Granada; e Iglesia parroquial de Zumaya.

Chueca, profesor universitario (fue Catedrático de Historia de la Arquitectura Española, de la Escuela de Arquitectura de Madrid de 1948 a 1981), académico y miembro de numerosas instituciones europeas y americanas, siempre se consideró fiel a la importancia de la columna, a los materiales de cada región, a la aclimatación de la arquitectura a su entorno y al respeto conceptual por la historia. Escuchar al gran maestro era contagiarse de su sólida formación humanística y deleitarse con sus lecciones magistrales, dictadas con una gran capacidad de análisis que nos ayudaba a comprender y sentir el carácter y el espíritu de la arquitectura y del urbanismo.

Autor de numerosos ensayos y estudios, de su abundante producción historiográfica y literaria son de mencionar sus "Invariantes castizos de la arquitectura española" (Madrid, 1947), que trataban de buscar nuestras esencias dentro del arte de la arquitectura apoyándose en el pensamiento de Miguel de



El cimborrio de Tarazona interiormente acusa de profeta acendado, entre trompas y columnas plateresco con una rica florada estalada.

Cimborrio de la Catedral de Tarazona (Zaragoza). Intervención, dibujo y anotaciones de D. Fernando Chueca.

Unamuno, y "El manifiesto de la Alhambra" (Granada, 1953), construido según el anterior y con el que hay una correlación de pensamiento, y que fue un revulsivo frente a los criterios de la arquitectura oficialista que, como subraya Álvaro Gómez-Ferrer, dominó la mayor parte del panorama español de los años cuarenta; mientras que su "Historia de la Arquitectura Occidental" (Madrid, 1974), publicada en 12 volúmenes, sintetizaba y ponía en valor el rico caudal del patrimonio europeo; "La destrucción del legado urbanístico español" (Madrid, 1977), en cuyo apéndice clasificó las ciudades españolas en función de los diferentes niveles de pérdida de su patrimonio monumental y urbano, y considerando las ciudades mejor planificadas urbanísticamente Vitoria y San Sebastián; y al que su sumaría su impresionante "corpus" sobre la "Historia de la Arquitectura Española" (Vol. I, Madrid, 1965; y Vol. II, Ávila, 2001), que nos honramos en reseñar desde las páginas de "Archivo", y en la que hace un exhaustivo recorrido por los estilos artísticos y culturas del país, incidiendo particularmente en la mezquita aljama de Córdoba (monumento de los más asombrosos del mundo); en las "águilas" del renacimiento español Juan Gúas (la personalidad más original del siglo XV), Diego de Siloé, Rodrigo Gil de Hontañón (con su gran obra de la Universidad de Alcalá de Henares) y Andrés de Vandelvira (con su obra capital la iglesia del Salvador, de Úbeda); en la arquitectura artesana y los palacios reales; en el ilustrado Juan de Villanueva y el Museo del Prado; y para concluir con el modernismo y la obra de Gaudí. Y ¡cómo no!, evocar "La arquitectura, placer del espíritu. Ensayo de

sociología estética" (Ávila, 1993), cuyo título es toda una declaración de lo que para Fernando Chueca era la arquitectura, sobre la que reflexiona en nueve diálogos (uno de los conversadores sería, aunque no mencionado en el texto, el propio Pedro Navascués, su discípulo predilecto) que tienen lugar en su toledano Palacio de Munárriz, con su flamante cigarral y en el que el gran maestro pasaba larga temporadas estivales

De igual modo, y como arquitecto, fue autor de ingentes obras en la capital del Reino (culminación de la Catedral de la Almudena—la gran pasión de su vida—y su relación con el entorno, y restauración de numerosos edificios históricos: la Casa de las Siete Chimeneas, el Palacio Velázquez en el parque del Retiro o la Ermita de San Antonio de la Florida), y el "todo Madrid" representado en su Ayuntamiento le distinguió con el galardón de Hijo Predilecto en 2001, tras un discurso afectuoso que se celebró en el Salón de Plenos del Consistorio, en homenaje a su fecunda trayectoria profesional en el ámbito de la arquitectura, en la defensa del patrimonio y en la lucha por las libertades en su sentido más amplio.

Premio Nacional de Arquitectura y de Historia (2002) y Miembro de numerosas Reales Academias de Bellas Artes españolas, la de Valencia (San Carlos) no sería extraña para el maestro Chueca Goitia, gozando siempre de su alta estima, de la que fue Académico Correspondiente en 1963 y su Miembro de Honor desde 1984, e impartiendo en su seno varias lecciones magistrales y conferencias, entre las que recordamos las pronunciadas: en 1964, sobre "Mariano Benlliure en el Primer Centenario de su nacimiento"; en 1981, acerca de "El Miguelete de Valencia"; y en 1993, sobre "La Catedral de la Almudena", que serían publicadas impresas en las páginas de "Archivo de Arte Valenciano", de los referidos años. Sólida sería, también, su amistad con los miembros numerarios de la misma (la habida particularmente con el pintor Francisco Lozano y con el historiador del arte Felipe M^a Garín), subrayándose la estrecha relación que mantendría con el académico-arquitecto D. Álvaro Gómez-Ferrer, quien en acto público celebrado en la Academia en junio de 2000, glosaría



ANDRÉS DE VANDELVIRA. Capilla Funeraria de El Salvador, de Úbeda (Jaén). Dibujo y anotaciones de D. Fernando Chueca

la figura de Don Fernando en "Homenaje a un maestro", tras serle concedida la Medalla y el Diploma acreditativos de su condición de Académico de Honor de la Real Institución, agradeciendo el egregio profesor la distinción y pronunciando su discurso sobre "Semblanza a Valencia de unas experiencias vividas" y urbe que definiría como "una ciudad nacida para ser la cuna del arte más ilustre y para ser el solar de los más grandiosos monumentos", como la Catedral de Valencia, de la que fue su arquitecto-restaurador, suprimiendo la vestidura barroca y descubriendo con ello una nueva catedral de un gótico sobrio y mediterráneo; y evocando, además, a los grandes titanes Mariano Benlliure y Joaquín Sorolla, y como colofón dedicaría una sentida alegoría en diluido verso a la ciudad.

Es en síntesis, la breve semblanza sentida y querida a quien fue, también, mi gran maestro y amigo, **Don Fernando Chueca**, "Arquitecto de la Cultura Española", al que tanto debo cual "aprendiz de la historia" y de cuya sabiduría tanto he aprendido en el bello arte de la Arquitectura, del Urbanismo, de la Cultura y de las Relaciones Humanas.

JAVIER DELICADO MARTÍNEZ

Académico Correspondiente y
Alumno Decano de los Congresos de Arquitectura
de Ávila